

casa, ardiéndome las orejas. Frente al zaguan estaban dos cargadores: los llamé, cargaron mis baúles y mi catre y me salí sin despedida.

Iba con mi casaca y mi palito tras de los cargadores, avergonzado hasta de mí mismo, considerando que todos aquellos ultrajes que habia oído eran muy bien merecidos, y naturales efectos de mi mala conducta.

Torcía una esquina pensando irme á casa de alguno de mis amigos, cuando he aquí por mi desgracia estaban allí las tres señoritas que acababan de salir corridas por mi causa, y no bien me conocieron, cuando una me afianzó del pelo, otra de los vuelos, y entre las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones, que en un abrir y cerrar de ojos me desmecharon, arañaron la cara é hicieron tiras mi ropa, sin descansar sus lenguas de maltratarme á cual más, repitiéndome sin cesar el retumbante título de alcahuete.

Por empeño de algunos hombres decentes que se llegaron á ser testigos de mis honras, me dejaron al fin, ya dije como, y lo peor fué que los cargadores, viéndome tan entretenido y asegurado, se marcharon con mis trastos, sin poder yo darles alcance porque no ví por donde se fueron.

Así todo molido á golpes, hecho pedazos y sin blanca, me hallé cerca de las oraciones de la noche frente de la plaza del Volador, siendo el objeto más ridículo para cuantos me miraban.

Me senté en un zaguan, y á las ocho me levanté con intencion de irme á ahorcar.

CAPITULO VIII.

En el que nuestro Periquillo cuenta cómo quiso ahorcarse, el motivo porque no lo hizo, la ingratitud que experimentó con un amigo, el espanto que sufrió en un velorio, su salida de esta capital y otras cosas.

Es verdad que muchas veces prueba Dios á los suyos en el crisol de la tribulacion, pero mas veces los impios la padecen porque quieren. ¿Qué de ocasiones se quejan los hombres de los trabajos que padecen, y dicen que los persigue la desgracia, sin advertir que ellos la merecen y acarrean con su descabellada conducta? Así decia yo la noche que me ví en el triste estado que os he dicho, y desesperado ó aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj en una tienda en lo primero que me dieron: me eché á pechos un cuartillo de aguardiente para tener valor y perder el juicio, ó lo que era lo mismo,

para no sentir cuando me llevaba el diablo. Tal es el valor que infunde el aguardiente.

Ya con la porcion del licor que os he dicho tenia en el estómago, compré una reata de á medio real, la doblé y guardé debajo del brazo, y marché con ella y con mi maldito designio para el paseo que llaman de la *Orilla*.

Llegué allí medio borracho como á las diez de la noche. La obscuridad, lo solo del parage, los robustos árboles que abundan en él, la desesperacion que tenia, y los vapores del valiente licor, me convidaban á ejecutar mis inicuas intenciones.

Por fin me determiné, hice la lazada, previne una piedra que me amarré con mil trabajos á la cintura para que me hiciera peso, me encaramé en un escaño de madera que habia junto á un árbol, para columpiarme con mas facilidad, y hechas estas importantes diligencias, traté de asegurar el lazo en el árbol; pero esto debia ejecutarse lazando el árbol con la misma reata para afianzar el un extremo que me debia suspender.

Con el mayor fervor, comencé á tirar la reata á la rama mas robusta para verificar la lazada; pero no fué dable conseguirlo, porque el aguardiente perturbaba mi cabeza mas y mas, y quitaba á mis piés la firmeza y el tino á mis manos: yo no pude hacer lo que queria. Cada rato caia en el suelo armado de mi reata y desesperacion, prorrumpiendo en mil blasfemias y llamando á todo el inferno entero para que me ayudara á mi tan interesante negocio.

En estas y las otras se pasarian dos horas.

cuando ya muy fatigado con mi piedra, trabajo y porrazos que llevaba, y advirtiendo que aun tenerme en pié me costaba suma dificultad, temeroso de que amaneciera y alguno me hallara ocupado en tan criminal empeño, hube de desistir mas de fuerza que de gana, y quitándome la piedra, echando la reata á la acequia, y buscando un lugar acomodado, volví cuanto tenia en el estómago, me acosté á dormir en la tierra pelada, y dormí con tanta satisfaccion como pudiera en la cama mas tullida.

El sueño de la embriaguez es pesadísimo, y tanto, que yo no hubiera sentido ni carretas que hubieran pasado sobre mí, así como no sentí á los que me hicieron el favor de desnudarme de mis trapos, sin embargo de que las cuscas malditas los habian dejado incodiciables.

Quando se disiparon los espíritus del vino que ocupaba mi cerebro, desperté y me hallé como á las siete del dia en camisa, que me dejaron de lástima.

Consideradme en tal pelaje, á tal hora y en tal lugar. Todos los indios que pasaban por allí, me veian y se reian; su risa inocente era para mí un terrible vejamen, que me llenaba de rabia, y tanta, que me arrepentía una y muchas veces de no haberme podido ahorcar.

En tan aciago lance se llegó á mi una pobre india vieja, que con dolida de mi desgracia me preguntó la causa. Yo le dije que en la noche antecedente me habian robado, y la infeliz llena de compasion, me llevó á su triste jacal, me dió atole y tortillas calientes con un pedazo de pancha,

y me vistió con los desechos de sus hijos, que eran unos calzones de cuero sin forro, un coteo de manta rayada y muy viejo, un sombrero de petate y unas guarachas. Es decir, que me vistió en el traje de un indio infeliz: pero al fin me vistió, cubrió mis carnes, me abrigó, me socorrió, y cuanto pudo hizo en mi favor. Cada vez que me acuerdo de esta india benéfica, se enternece mi corazón y la juzgo en su clase una heroína de caridad, pues me dió cuanto pudo, y sin más interés que hacerme beneficio sin ningún merecimiento de mi parte. Hoy mismo deseara conocerla para pagarle su generosidad. ¡Que cierto es que en todas las clases del estado hay almas benéficas, y que para hacerlo más se necesita corazón que dinero!

Ultimamente, yo enternecido con la expresión que acababa de merecer á mi pobre india vieja, le dí muchas gracias, la abracé tiernamente, le besé su arrugada cara y me marché para la calle.

Mi dirección era para la ciudad; pero al ver mi pelage tan endiablado, y al considerar que el día anterior me había pasado en coche y vestido á lo caballero, me detenía una porción de tiempo en andar, pues en cada paso que daba me parecía que movía una torre de plomo.

Como dos horas me anduve por la plazuela de San Pablo y todos aquellos andurriales, sin acabar de determinarme á entrar en la ciudad. En una de estas suspensiones me paré en un zaguan por la calle que llaman de Manito, y allí me estuve, como de centinela, hasta la una del día, hora en que ya el hambre me apuraba, y no sabía

donde satisfacerla; cuando en esto que entré en aquella casa uno de mis mayores amigos, y á quien puntualmente el día anterior había yo convidado á almorzar con su mujer y sotacuñados.

Luego que él me vió, hizo alto: me miró con atención, y satisfecho de que yo era, quería hacerse disimulado y meterse en su casa sin hablarme; pero yo, que pensaba hallar en él algun consuelo, no lo consentí, sino que atropellando con la vergüenza que me inundaba mi aindiado traje, lo tomé de un brazo y le dije: Yo soy, Anselmo, no me desconozcas: yo soy Pedro Sarmiento tu amigo, y el mismo que te ha servido segun sus proporciones. Este traje es el que me ha destinado mi desgracia. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme: ya te dije quien soy: ayer paseamos juntos y me juraste que serias mi amigo eternamente, que te lisonjeabas de mi amistad, y que deseabas ocasiones en que corresponderme las finezas que me debías. Ya se te proporciona esta ocasión, Anselmo. Ya tienes á las puertas de tu casa sin saberlo, á tu infeliz amigo Sarmiento, desamparado en la mayor desgracia, sin tener á quien volver sus ojos, sin un jacal que lo abrigue ni una tortilla que lo alimente, vestido con un coteo de indio y unos calzones de gamuza indecisos, que le franqueó la caridad de una vieja miserable: los que aunque cubren sus carnes, le impiden por su misma indecencia el presentarse á México á implorar el favor de sus demás amigos. Tú lo has sido mio, y muchas veces me has honrado con ese dulce nombre: desempé-

fielos pues, y acórrreme con unos trapos viejos y algunas migajas de tu mesa.

¿Qué piensas, pícaro, me dijo el cruel amigo; qué piensas que soy algun bruto como tú, que me has de engañar con cuatro mentiras! Don Pedro Sarmiento, á quien te pareces un poco, es mi amigo en efecto; pero es un hombre fino, un hombre de bien y un hombre de proporciones; no un pillastron, vagante y encuerado. Vaya con Dios. Sin esperar respuesta se entró al patio de su casa dándome con las puertas en la cara.

Es menester no decir como quedaria yo con tal desprecio, sino dejarlo á la consideracion del lector, porque suceden algunas fatalidades en el mundo de tal tamaño, que ninguna ponderacion basta para explicarlas con la energia que merecen, y sólo el silencio es su mejor intérprete.

Entre la cólera y desesperacion, la tristeza y el sentimiento, me quedé en el zaguan, cavilando sobre el lance que me acababa de pasar. Quisiera retirarme de aquellos recintos, que me debían ser tan odiosos; quisiera esperar á Anselmo y hacerle pedazos entre mis manos; pero calmaba mi enojo cuando me acordaba que habia hablado bien de mí y no me conoció. No hay duda, decia yo, él es mi amigo y me quiere: este traje y el mal pasaje de anoche tal vez me desfigurarán de modo que no me conozca: yo lo esperaré en este lugar, y si despues que lo cerciore bien que soy Pedro Sarmiento, él no me quisiere conocer, me alejaré de su vista como de la de un vestiglo: detestaré su amistad, abominaré su nombre, y me iré por donde Dios quisiere.

Así estuve batallando con mi imaginacion hasta las oraciones de la noche, á cuya hora bajó Anselmo con un sable desnudo y me dijo: parece que se ha hecho vd. piedra en mi casa: sálgame vd. que voy á cerrar la puerta.

Quando le hable á vd. la primera ocasion, le dije, fué creyendo que me conocia y era mi amigo, y valido de este sagrado me atreví á implorar su favor. Ahora no le pido nada, sólo le digo, que no soy un pícaro como me dijo, ni me valgo del nombre de D. Pedro Sarmiento, sino que soy el mismo, y en prueba de ello, acuérdate que ayér fué vd. conmigo y su querida Manuelita, con los dos hermanos de ésta y una criada á la almuerceria de la Orilla, donde yo costé el almuerzo, que fueron envueltos, guisado de gallina, adovo y pulque de tuna y de piña.

Acuérdese vd. que costó el almuerzo ocho pesos, y que los pagué en oro. Acuérdese que cuando me lavé las manos me quité un brillante, y aficionada de él su dama, lo alabó mucho, se lo puso en el dedo, y yo se lo regalé, por cuya generosidad me dió vd. muchas gracias, ponderando mi liberalidad. Acuérdese que paseándonos los dos solos por una de aquellas galerías, me dijo que su mujer le habia olido la podrida (fueron palabras de vd.), que por este motivo tenia frecuentes riñas, y que vd. pensaba abandonarla y llevarse á Manuelita á Querétaro, donde se le proporcionaba destino. Acuérdese que á esto le dije, que no hiciera tal cosa, pues sería añadir á una injusticia un agravio: que sobrellevára á su mujer y procurara negarle todo cuanto sabia, no

darle motivo de sospecha, hacerle cariño, y manejarle con prudencia, pues al fin era su esposa y madre de sus hijos. En fin, acuértese que al separarnos subí al coche á Manuelita, y está pisó el túnico de coco en el estribo y lo rompió.

Estas son muchas señas y muy privadas para que vd. dude de mi verdad. Si mi semblante está desfigurado y mi traje no corresponde á quien soy, lo ha causado la adversidad de mi suerte y las vicisitudes de los hombres, de lo que vd. no está seguro, y quizá mañana se verá en situación más deplorable que la mia.

El negar que me conoce, será una vil tenacidad despues que le doy tantas señas, y despues que me ha oido tanto tiempo, porque aunque los semblantes se desfiguren, las voces permanecen en su tono, y es muy difícil no conocer por la voz al que se ha tratado mucho tiempo.

Todo cuanto vd. baxarlado, dijo Anselmo, prueba que vd. es un perillan de primera clase, y que para venir á pegarme un petardo, me ha andado á los alcances y ha procurado indagar mi vida privada, valiéndose tal vez de la intriga con mi amigo Sarmiento para saber de él mis secretos; pero ha errado vd. el camino de medio á medio. Ahora ménos que nunca debe esperar de mí un maravadí; ántes yo me recelaré de vd. como de un pícaro refinado. . . . Mátame con ese sable, le dije interrumpiéndole, mátame, ántes de que me lastime tu lengua con tales baldones, y baldones proferidos por un amigo. ¡Este es, Anselmo, tu cariño! ¡Estas tus correspondencias! ¡Estas tus palabras! ¡Que más dejas para un noez de la pie-

ba, cuando tú, que te precias de noble, obras con tanta bastardía, que no solo no pagas los beneficios, sino que obstinadamente finges no conocer al mismo á quien se los debes! Anselmo, amigo, ya que no te compadeces de mí como del que lo fué tuyo, compadécete á lo ménos como de un infeliz que se acoge á tus puertas. Bien sabes que la religion obliga á todos los cristianos á ejercitar la caridad con los amigos y enemigos, con los propios y los extraños, y así no me consideres un amigo, considérame un infeliz, y por Dios. . . .

Por Dios, dijo aquel tigre, que se vaya vd. que es tarde, y ya me es sospechosa su labia y su demora. Sí, ya creo que será un ladron y estará haciendo hora de que se junten sus compañeros para asaltar mi casa. Váyase enhoramala ántes que mande llamar la guardia del vivac.

¡Qué es eso de ladron! Le dije lleno de ira: el ladron, el pícaro y el villano serás tú, mal nacido, canalla, ingrato.

No se atrevió Anselmo á hacer uso del sable, como yo temia; pero hizo uso de su lengua. Comenzó á gritar, *auxilio, auxilio, ladrones. . . . ladrones. . . .* cuyas voces me intimidaron más que el sable, y temiendo que se juntara la gente y me viera en la cárcel por este inicuo, me salí de su casa renegando de su amistad y de cuantos amigos hay en el mundo, poco más ó ménos parecidos al infame Anselmo.

Como á las ocho de la noche y abrigado con su lobrete, me interné por la ciudad muerto de hambre y de cólera contra mi falso y desleal amigo. ¡Ah! decia yo: si me hallara ahora con el bri-

llante que le regalé ayer á la puerca de un amigo tendría que vender ó que empeñar para socorrer mi hambre: pero ahora ¡que empeñaré ni de qué me valdré, cuando no tengo cosa que valga un real sino la camisa! ¡Mas será posible que me quite la camisa! No hay remedio: no tengo cosa mejor, yo me la quito.

Haciendo este soliloquio, me la quité, y como estaba limpia y casi nueva, no me costó trabajo que me suplieran sobre ella ocho reales, con los que cené con hartas apetencias y compré cigarras.

En las diligencias del empeño y de la cenada se me fué el tiempo sin advertirlo, de suerte que cuando salí del bodegon eran las diez dadas, hora en que no hallé ningun arrastraderito abierto.

Desconsolado cen que no me podían valer mis antiguas guaridas, determiné pasarme la noche vagando por las calles sin destino, y temiendo en cada una caer en manos de una ronda, hasta que por fortuna encontré por el barrio de Santa Ana una acesoria abierta con ocasion de un valorito.

Me metí en ella sin que me llamaran, y vi un muerto tendido con sus cuatro velas, seis ú ocho leperascos, haciendo el duelo, y una vieja durmiéndose junto al brasero con el aventador en la mano.

Saludé á los vivos con cortesía, y di medio real para ayuda del entierro del muerto.

Mi piedad movió la de aquellos prójimos, y recibiendo sus agradecimientos me quedé con ellos en buena paz y compañía.

Cuando llegué estaban contando cuentos: á las doce de la noche rezaron un rosario bostezando,

cantaron un alabado muy mal, y se soplaron cada una un tecomate de champurrado muy bien, sin quedarme yo de mirón.

Como á la una de la mañana se acostó la vieja y roncó como un perro: y porque no hiciéramos todos lo mismo, sacó un caritativo una baraja y nos pusimos en un rincón á echar nuestros alburitos por el alma del difunto.

A mí se me arrancó brevecito, como que mi puntero era muy débil y la suerte estaba decidida en mí contra. Sin embargo, me quedé barajando de banco por ver si me ingeniaba; pero nuestra velita se acabó, y no hubo otro arbitrio que tomar un cabo prestado al señor muerto.

Antes de esto habian cerrado la acesoria, temiendo no pasara una ronda y nos hallara jugando. Quién sabe quién cerró, ni quién tenia la llave: el cuartito era redondo y tenia una ventana que caía á una acequia muy inmundicia; el envigado estaba endemoniado de malo, y al muerto lo habian puesto, sin advertirlo, en una viga, á la que le faltaba apoyo por un extremo, con esto al ir uno de aquellos tristísimos dolientes por el cabito para seguir jugando, pisó la viga en que estaba el cadáver por donde estaba sin apoyo: y con su peso se hundió para adentro: y como levantó la viga, alzó tambien el cuerpo del difunto, lo que visto por mí y mis camaradas nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba á castigarnos, que al punto nos levantamos todos atropellándonos unos á otros por salir, y gritando cada cual sus oraciones que sabia.

Fácil es concebir que luego, luego nos queda-

mos á oscuras, pasando y aun dando de coces sobre el muerto y el hundido, que sin cesar gritaba que se lo llevaba el diablo: la infeliz vieja no lo pasaba mejor, pues todos caíamos sobre ella la vez que nos tocaba; cada uno contra otro, pensaba que se lo daba con el muerto: crecía la aflicción por instantes porque no parecía la llave, hasta que uno advirtió abrir la ventana y salir por ella. A su ejemplo todos hicimos lo mismo sin acordarnos de la acequia para nada. Con esto unos tras otros fuimos dejándonos caer en ella, y salimos hechos un aso de lodo y algo peor; pero al fin salimos sin hacer el menor aprecio de la pobre vieja, que se quedó á acompañar al difunto. Cada uno se fué por su parte á su casa, y yo á la del mas trapiento de todos que me manifestó alguna lástima.

Luego que llegamos á ella despertó á su mujer y le contó el espanto con la mayor formalidad, diciéndole cómo el muerto se había levantado, y nos había golpeado á todos. La mujer no lo quería creer, y en la porfía de si fué ó no fué, se nos pasó lo que faltaba de la noche, y á la luz del nuevo día creyó la mujer el espanto al ver lo descolorido de nuestras caras, que por lo que toca á la despeñada que nos dimos en el cieno, no puso la menor duda, porque luego que entramos se le avisaron sus narices, y aunque no había luz, ella creía que estábamos maqueados más que si lo viese.

En fin, la pobre lavó á su marido y á mí de pie con, quedándonos los dos cobijados con una frazada vieja entre tanto se setaron los trapos.

Aunque los míos se encerraban en dos, á saber: el coton y los calzones, porque el sombrero y guarachas se quedaron en la campaña, se tardaron en secar una porción de tiempo, de modo que ya mi amigo estaba vestido, y yo no podía moverme de un lugar.

La pobre mujer me dió un poco de atole y dos tortillas: lo bebí mas de fuerza que de gana; despues para divertir mi tristeza, amolé un carboncito, le hice punta, y en el reverso de una estampa que estaba tirada junto á mí, escribí las siguientes décimas.

«Aprended, hombres, de mí,

Lo que va de ayer á hoy;

Que ayer conde y virrey fui;

Y hoy ni petatero soy.»

Ninguno viva engañado

creyendo que la fortuna,

si es próspera, ha de ser una

sin volver su rostro airado.

Vivan todos con cuidado,

cada uno mire por sí,

que es la suerte valadí,

y se muda á cada instante:

yo soy un ejemplo andante:

«Aprended, hombres, de mí.»

Muy bien sé que son quimera

las fortunas fabulosas,

pero hay «éxocas dichosas,»

y llámense como quiera.

Si yo aprovechar supiera

una de éstas, cierto estoy

que no fuera como voy;

pero desprecié la dicha,
 y ahora me miro en desdicha:
 ¡lo que va de ayer á hoy!
 Ayer era un caballero
 con un porte muy lucido;
 y hoy me miro reducido
 á unos calzones de cuero.
 Ayer tuve hartó dinero;
 y hoy sin un maravedí,
 ¡me lloro ¡triste de mí!
 sintiendo mi presuncion,
 que aunque de imaginacion,
ayer conde y virrey fui.

En este mundo voltario
 fui ayer médico y soldado,
 barbero, subdelegado,
 sacristan y boticario.

Fui fraile, fui secretario,
 y aunque ahora tan pobre estoy,
 fui comerciante en comboy,
 estudiante y bachiller.

Pero ¡hay de mí! esto fui ayer
y hoy ni petatero soy.

Luego que concluí mis coplillas, las procuré
 retener en la memoria, y las pegué con atole en
 la puerta de la casita.

Ya mi coton estaba seco, pero los calzones es-
 taban empapados, y yo que estaba desesperado
 por salir en busca de nuevas aventuras, no tuve
 paciencia para aguardar á que los secara el sol,
 sino que los cogí, y los puse á secar junto al
 cuil ó fogon en que la mujer hacia tortillas; mas

habiendo salido á desaguar, cuando volví los hallé
 secos, pero achicharronados.

No puedo ponderar la pesadumbre que tuve al
 ver todo mi equipaje inservible. El amigo, luego
 que se informó de mi desgracia, me dió un poco
 de sebo de vaca, y me aconsejó que les diese una
 friega con él para que se suavizaran un poco.

En efecto, les apliqué el remedio, y quedaron
 más flexibles, pero no mejores, porque en donde
 les penetró bien el fuego, no valieron diligencias:
 saltaron los pedazos achucharrados, y descubrie-
 ron más agujeros de los que eran menester; lo
 que no me gustó mucho, pues no tenía calzones
 blancos. Ello es que yo me los encaje, y como
 estaban ennegrecidos del olin y llenos de agujie-
 ros, resaltaba lo blanco de mi piel por ellos mis-
 mos, y parecia yo tigre.

Advirtiendo esta ridiculez y queriendo reme-
 diarla, tomé un poco del mismo humo, y mez-
 clándolo con otro poco de sebo, hice una tinta y
 con ella me pinté el pellejo, quedando así más
 pasadero.

Los dueños de la casa me compadecian, pero
 se reian de mis arbitrios, y sabedores de que mi
 intencion era salirme de México en aquel instan-
 te á buscar fortuna, me dijeron que me fuera á
 Puebla, que allí tal vez hallaria destino. Al mis-
 mo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar,
 y la mujer me puso un *itacate* de tortillas, un
 pedazo de carne asada, y dos ó tres chiles. Todo
 esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me
 lo ató á la cintura.

Así, despues de haber almorzado y dádole las

gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordon, alcé un sombrero muy viejo de petata que estaba tirado en un muladar: me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin más novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al día siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Rio Frio, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones: quiénes fueron estos; el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

Nada de fabuloso tiene la historia que habeis oido, queridos hijos míos: todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar á cuantos viven entregados como yo al libertinaje, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa ajena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valer y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veriais, sin duda, una porción de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza ó por hipocresía, y conoceriais más á fondo lo que os he dicho, esto es: que el hombre vicioso, flojo y disipado padece más en la vida, que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida